

**PROCESIÓN DE CADAVERES**  
**GERVASIO LÓPEZ**



*Relato cedido en exclusiva para H-Horror*

*[www.h-horror.com](http://www.h-horror.com)*

## **PROCESIÓN DE CADÁVERES**

© 2010 Gervasio López

Abril de 2010

**Asociación Cultural Doble Hache**

Relatos de H-Horror

[www.h-horror.com](http://www.h-horror.com)

Maquetado:

Darío Vilas

*Este relato no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo consentimiento de su autor. Todos los derechos reservados.*

## PROCESIÓN DE CADÁVERES

Muchos sois los que acostumbráis a mirar a lo desconocido, al más allá, a ese espacio etéreo que se retrepa tras nuestra consciencia, y musitáis una breve frase de desprecio, incluso de incredulidad, a modo de burla soez o afrenta socarrona. Os parece que, si así obráis, vuestra hombría no se resentirá y vuestro coraje será alabado por todos aquellos que guardan un silencio más prudente y vergonzante. Resguardáis esa gallardía vuestra, tan ridícula, tan cacareada por vosotros mismos, tras la fatuidad de las palabras, pero incluso cuando lo hacéis, cuando regurgitáis esas frases corajudas, en vuestro interior aún alumbraba la llama del desvelo, del temor a lo que os sobrepasa y amenaza.

Sin embargo, no seré yo el que censure tal actitud ni repudie tan escaso tino. Entiendo la endeblez de vuestros corazones, la estulticia que os sobrecoge, y sé que por ello actuáis de ese modo. Pero deseo advertiros. No os daré consejo alguno, no; me limitaré a contaros una historia —una pequeña, no temáis—, pues creo que así ilustraré mejor mis intenciones.

Comenzaré, pues.

Hace muchos años, cuando los hombres no hablaban con la desmesura con la que vosotros lo hacéis, y los lazos que nos unen con todo aquello que tenemos en derredor aún se mantenían firmes y estables, lejos, muy lejos de aquí, en un pequeño pueblo cuajado de gentes bondadosas, muy dadas a Credos y Paternóster diarios, el infierno, alardeando de un poder ominoso, campaba a sus anchas por aquellas latitudes, libre de grilletes, para ceñir a sus habitantes un yugo erizado de miedos y zozobras, un yugo que los esclavizaba y sometía.

Durante el día, cuando la luz del sol llenaba la comarca de destellos plateados, los ánimos de la gente se volvían entusiastas y hospitalarios, convulsos de felicidad por contemplar cuanto les rodeaba. Ante ellos, se desplegaba un espectáculo de una belleza casi sobrenatural: las montañas eran muy altas y globosas, llenas de un aire muy fresco y aromático que les llenaba los pulmones como un bálsamo vivificante, y los valles que yacían a sus pies, tributarios del agua prístina y heladora que escurría de aquellas, recorrían, sinuosos, las tierras de cultivo y las vegas donde sembraban las

cosechas más exigentes. Era un verdadero paraíso, pero por la noche, cuando el cielo se estremecía de tinieblas, la situación era muy diferente.

Cuando la luz enflaquecía por las brumas, y la luna llena se remansaba en el cielo, Fonsagrada se convertía en un pueblo de grises y negros, donde el color no tenía cabida y la alegría siempre se veía soslayada por ese temor rancio, inveterado, que la tradición impone en nuestro interior; en un pueblo oscuro, borracho de miedos y tibio de pasiones, donde la vida desaparecía en un ay, reclamada por aquellos huéspedes del averno que acostumbraban a pasear por sus calles.

Sí, han leído bien. “A pasear por las calles”, pues eso es lo que hacían.

Las calles se vestían entonces de silencio, y los hogares del pueblo, apretujados de inquilinos acobardados, se llenaban de oscuridad y lumbres mortecinas, por miedo a que la claridad ejerciese de reclamo para aquellos que pululaban en procesión.

Era un desfile amortajado de telas raídas, gregario de putrefacción, que todas las noches, con la puntualidad de lo inevitable, discurría desde el cementerio hasta la plaza mayor, donde habrían de saciar sus apetitos.

Con la llegada del plenilunio, unas garras descarnadas, huérfanas de piel, rasgaban la tierra que cubría los túmulos y se abrían paso hasta la superficie. Segundos después, como una erupción de podredumbre y descomposición, aquellos seres diabólicos comenzaban a abandonar el cobijo que los había albergado hasta ese momento, sedicentes de un reposo impuesto e indeseable, como esas miasmas nauseabundas que brotan de los pantanos, y empezaban a dirigirse al poblado, en busca del alimento que allí les habían dejado los pueblerinos.

Tras ellos, los cristos y querubines que coronaban los mausoleos, reflejaban en sus anatomías graníticas la luz azulada de la luna, como una aureola mortecina de resplandor y plena de santidad, mientras los enebros y cipreses que poblaban el camposanto, ahusados como obeliscos, se inclinaban por el viento, musitando con su follaje una sonata fúnebre y desaparecible.

Por ese ansia de supervivencia colectiva que todo hombre almacena, los habitantes del pueblo, transidos de un honor suicida y solidario, acostumbraban a escoger para el sacrificio a aquellos más ancianos, a los

más inútiles para las labores del campo, y éstos, lejos de protestar por tan infortunado sufragio, se ofrecían a las bestias sin un lamento, acorazados de temores por ese orgullo vicario que permitía que los suyos viviesen una mes más.

En una ceremonia presurosa, carente de afectos y remordimientos, los seleccionados eran atados a una fuente próxima a la iglesia, donde aguardarían a que las bestias los desollaran bajo el helador murmullo del surtidor de bronce. Meses más tarde, cuando sus cuerpos se hubiesen corrompido de gusanos y humedades, los inmolados volverían a la vida, para ocupar un tenebroso lugar en aquel desquiciado brote de venganzas póstumas y cambios de roles.

Ellos esperarían en la fuente, los aldeanos en sus casas; los muertos, mientras tanto, avanzaban por la senda que llevaba al pueblo.

Al frente de la comitiva, un cadáver barrigudo, abundante de jirones y excrecencias funerarias, parecía ejercer de guía. Guedejas de pelo enmarañado, como esos bolsones de sedas que acogen los estadios primerizos de las orugas, caían sobre su rostro, entreverándolo de texturas terrosas que se habían acumulado por el enterramiento. En su avance, largos colgajos de carne amoratada se desprendían de su cuerpo, formando un reguero interminable de despojos y humores putrefactos, plenos de materias corruptas e infecciones, que sus acólitos seguían con una obcecación ahíta de servilismo.

A los pocos minutos, aquella peregrinación de fiambres llegaría a la fuente, donde desollarían a su víctima con sus garras afiladísimas. Y así mes tras mes, en un calendario apocalíptico que terminaría por acabar con toda la población de la comarca.

Cuentan, aunque yo no estoy en condiciones de confirmar tal extremo, que los crímenes se siguen sucediendo. Tal vez no sea de la misma manera, ni en el mismo sitio. Tal vez, ese progreso tan artificial y descafeinado que ustedes tanto alaban, el mismo que les permite hablar de ese modo tan altanero, nos haya apartado en demasía de nuestras raíces, y tan solo algunos como yo, tan locos, tan olvidados, seamos capaces de recordar aquello que tanta importancia tuvo en nuestros días. No lo sé, y tampoco soy capaz de aportar pruebas que otorguen credibilidad alguna a mi relato, pero, háganme caso. Vayan un día a Fonsagrada, acudan a la fuente

que se retrepa tras los pretilos de la iglesia y contemplen las manchas ennegrecidas que la cubren. Tal vez, sólo tal vez, mis palabras cobren entonces un sentido.